

## II PARTE

### Capítulo 12

Agosto 1914

Grigori y Katerina (antigua novia de Lev) se casan por interés (de ella), porque él se tiene que ir a la guerra y así la dejaría una pensión si le pasara algo.

#### Una explicación al fracaso del plan Schlieffen:

La guerra había empezado bien. El ejército alemán cruzaba Bélgica como una exhalación. Al sur, los franceses —movidos por el instinto más que por la estrategia— habían invadido Lorena, y lo único que habían logrado era que los acribillase la artillería alemana. En ese momento se batían en retirada total.

Japón se había puesto del lado de los aliados británicos y franceses, que, por desgracia, habían liberado a los soldados rusos del frente de Extremo Oriente para enviarlos al campo de batalla europeo. Sin embargo, los estadounidenses ya habían confirmado su neutralidad, lo que supuso un gran alivio para Walter. Reflexionó sobre lo pequeño que se había vuelto el mundo: Japón estaba en el extremo más oriental del planeta y Estados Unidos en el más occidental. La guerra abarcaba todo el globo.

Según los servicios secretos alemanes, los franceses habían enviado una serie de telegramas a San Petersburgo, en los que rogaban al zar que atacara con la esperanza de distraer la atención de los alemanes. Y los rusos habían avanzado más deprisa de lo que nadie esperaba. Su I Ejército había asombrado al mundo al cruzar la frontera con Alemania en apenas doce días a contar desde el inicio de la movilización. Mientras tanto, el II Ejército invadió los frentes situados más al sur, desde la cabeza de estación de Ostrolenka. De este modo, los rusos describieron una trayectoria envolvente cuyos flancos se cerraron en tenaza en las proximidades de una ciudad llamada Tannenberg. Ambos ejércitos se encontraron sin oposición.

El atípico letargo de los alemanes que permitió que esto ocurriera estaba a punto de tocar a su fin. El comandante en jefe de la región, el general Prittwitz, conocido como der Dicke, el Gordo, fue convenientemente despedido por el alto mando y sustituido por el dúo formado por Paul von Hindenburg, reincorporado de su jubilación, y Erich Ludendorff, uno de los pocos militares de carrera sin un aristocrático «von» en el nombre. Con cuarenta y nueve años, Ludendorff se encontraba entre los generales más jóvenes. Walter lo admiraba por haber llegado tan alto gracias exclusivamente a sus méritos, y estaba encantado de ser su oficial de enlace del servicio secreto. (...)

Von Ulrich sintió la presión de la responsabilidad personal por los reveses que estaba sufriendo Alemania en el frente oriental. Él era uno de los expertos de los servicios secretos que había previsto que los rusos no podrían atacar con tanta celeridad desde la orden de movilización de las tropas. Ese pensamiento lo mortificaba. Aunque tenía la sospecha de que no se había equivocado del todo, y de que los rusos estaban enviando tropas sin mucha formación en avanzadilla sin el avituallamiento necesario.

Esa sospecha se confirmó cuando llegó a Prusia Oriental a última hora de ese domingo con el séquito de Ludendorff, gracias a los informes que relataban que el I Ejército ruso, situado en el norte, había detenido la marcha. Habían entrado en Alemania, estaban a unos pocos kilómetros de la frontera, y la lógica militar dictaba que debían seguir avanzando a cualquier precio. ¿A qué estaban esperando? Walter se preguntó si estarían quedándose sin víveres.

Grigori está en la batalla de Tannenberg, pasándolo mal, y Walter está al otro lado, cuando llega la explicación:

—Calculamos unas treinta mil bajas rusas, general —indicó Walter a Ludendorff. Intentaba que su entusiasmo no resultara muy evidente, pero la victoria alemana era sobrecogedora y no podía dejar de sonreír.

Ludendorff mantenía fríamente sus emociones bajo control.

—¿Prisioneros?

—En el último recuento eran unos noventa y dos mil, señor.

Eran unas cifras asombrosas, pero Ludendorff se tomaba las cosas con calma.

—¿Algún general?

—El general Samsonov se ha suicidado. Tenemos su cuerpo. Martos, comandante del XV Cuerpo ruso, ha sido hecho prisionero. Hemos requisado quinientas armas de artillería.

—En resumen —dijo Ludendorff, que al final levantó la mirada de su escritorio de campaña—. El II Ejército ruso ha sido borrado del mapa. Ya no existe.

Walter no podía evitar sonreír.

—Sí, señor.

Ludendorff no correspondió la sonrisa. Agitó la hoja de papel que había estado estudiando.

—Lo que hace que estas noticias resulten aún más irónicas.

—¿Señor?

—Nos envían refuerzos.

Walter se quedó boquiabierto.

—¿Qué? Disculpe, general... ¿refuerzos?

—Estoy tan sorprendido como usted. Tres cuerpos de infantería y una división de caballería.

—¿Desde dónde?

—Desde Francia, donde necesitamos hasta al último hombre si queremos que el Plan Schlieffen funcione.

Walter recordó que Ludendorff había trabajado en los detalles del Plan Schlieffen, con su acostumbrada energía y meticulosidad, y sabía lo que era necesario en Francia, hasta el último hombre, caballo y bala.

—Pero ¿cómo se ha tomado esa decisión? —preguntó Walter.

—No lo sé, pero lo puedo suponer. —El tono de Ludendorff se tornó más amargo—. Es una cuestión política. Las princesas y las condesas de Berlín han estado lloriqueando y suplicando a la esposa del káiser por la protección de sus fincas familiares, de las que se están apoderando los rusos. El alto mando ha cedido a la presión.

Walter sintió que se ruborizaba. Su propia madre era una de las damas que habían estado dando la lata a la esposa del káiser. Porque el hecho de que las mujeres se preocupasen y pidiesen protección era algo comprensible, pero que el ejército cediera a sus súplicas y se arriesgase a hacer descarrilar toda la estrategia de ataque, resultaba imperdonable.

—¿Eso no es exactamente lo que quieren los aliados? —preguntó, indignado—. Los franceses convencieron a los rusos para que invadieran con un ejército que no estaba preparado del todo, con la esperanza de que a nosotros nos entrara el miedo y corriéramos a enviar refuerzos al frente oriental, y así dejar debilitadas a nuestras filas en Francia!

—Exacto. Los franceses se están retirando: están superados en número, en armamento, se sienten moralmente derrotados. Su única esperanza era que pudiéramos distraernos. Y han visto su deseo cumplido.

—Y bien —dijo Walter con desesperación—, pese a nuestra gran victoria en el este, los rusos han logrado la ventaja estratégica que sus aliados necesitaban en el oeste!

— Sí —corroboró Ludendorff—. Exacto.

## **Capítulo 13**

Septiembre-diciembre de 1914

Fitz está en París como oficial y ocurre lo de los taxis:

Fitz siguió su camino hasta Les Invalides y entregó su informe en el colegio.

Una vez más, el reconocimiento aéreo de los ingleses quedó confirmado por los informes franceses. Algunas fuerzas alemanas se batían en retirada.

—¡Debemos forzar el ataque! —exclamó el viejo general—. ¿Dónde están los ingleses?

Fitz se acercó al mapa y señaló la posición británica y los objetivos de la marcha que había establecido sir John para antes de que finalizara la jornada.

—¡Con eso no basta! —replicó Galliéni, airado—. ¡Tiene que ser más agresivo! Necesitamos que ataque y así Von Kluck estará demasiado ocupado para reforzar su flanco. ¿Cuándo cruzará el río Marne?

Fitz no lo sabía. Se sintió avergonzado. Estaba de acuerdo con las cáusticas palabras que había pronunciado Galliéni, pero no podía reconocerlo, así que se limitó a decir:

—Haré hincapié en ello al hablar con sir John, general.

Sin embargo, Galliéni ya estaba pensando en cómo compensar la lasitud de los ingleses.

—Enviaremos la 7ª División del VII Cuerpo como refuerzo para el ejército de Manoury, quien estará en el río Ourcq esta tarde —dijo con decisión.

De inmediato, su personal empezó a redactar las órdenes.

Entonces el coronel Dupuys dijo:

—General, no tenemos trenes suficientes para conseguir que estén todos allí esta tarde.

—Pues utilicen coches —ordenó Galliéni.

—¿Coches? —Dupuys parecía perplejo—. ¿De dónde vamos a sacar tantos coches?

—¡Consigan taxis!

Todos los presentes se quedaron mirándolo. ¿Es que el general se había vuelto loco?

—Llame al jefe de policía —dijo Galliéni—. Dígale que ordene a sus hombres detener a todos los taxis de la ciudad, que saquen a los pasajeros a patadas y que los conductores vengan hasta aquí. Los cargaremos de soldados y los enviaremos al campo de batalla.

Fitz sonrió de oreja a oreja cuando se dio cuenta de que Galliéni hablaba en serio. Esa era la actitud que a él le gustaba. Hacer lo que sea necesario siempre que el resultado sea la victoria.

Dupuys se encogió de hombros y levantó el teléfono.

—Por favor, póngame con el jefe de policía de inmediato —dijo.

«Esto tengo que verlo», pensó Fitz.

Salió de la sala y encendió un cigarro. No tuvo que esperar mucho. Pasados un par de minutos, un taxi rojo de la marca Renault llegó cruzando el puente de Alejandro III, rodeó el enorme jardín ornamental y aparcó delante del edificio principal. A ese coche lo siguieron dos más, luego una docena y más adelante, una centena.

En un par de horas, varios cientos de taxis igualmente rojos estaban aparcados en Les Invalides. Fitz jamás había visto nada parecido.

Los taxistas aguardaban apoyados en sus coches, fumando en pipa y hablando animadamente, esperando instrucciones. Cada conductor tenía una teoría diferente sobre la razón por la que se encontraban allí.

Al final, Dupuys salió de la escuela y cruzó la calle con un megáfono en una mano y un fajo de formularios del ejército para los requisamientos oficiales en la otra. Se subió al capó de un taxi y los conductores se quedaron callados.

—El comandante militar de París necesita quinientos taxis para ir desde aquí hasta Blagny —gritó a través del megáfono.

Los conductores se quedaron mirándolo, incrédulos y en silencio.

—Allí, cada coche recogerá a cinco soldados y los llevará hasta Nanteuil.

Nanteuil estaba a unos cincuenta kilómetros al este y muy cerca de la primera línea del frente. Los conductores empezaron a entenderlo todo. Se miraron entre sí, sonriendo y asintiendo. Fitz supuso que les alegraba tomar parte en la campaña de guerra, sobre todo, de una forma tan peculiar.

—Por favor, recojan uno de estos formularios antes de partir y rellénelo con sus datos para poder recibir el pago correspondiente a su regreso.

La reacción fue un murmullo de agitación. ¡Iban a pagarles! Eso reforzó las ganas que ya tenían de ayudar.

—Cuando los quinientos coches hayan salido, daré instrucciones a los siguientes quinientos. Vive Paris! Vive la France!

Los taxistas estallaron de júbilo. Se agolparon alrededor de Dupuys para conseguir un formulario. Fitz, encantado, ayudó a distribuir los documentos.

Pronto empezaron a salir los coches: daban la vuelta ante el gran edificio y se dirigían hacia el puente bajo la luz del sol, tocando el claxon con entusiasmo. Formaban una alargada cuerda de salvamento de color rojo intenso que llegaría hasta el frente de batalla.

Y empieza la guerra de trincheras:

Poco después de la batalla del Marne, ambos bandos empezaron a cavar trincheras.

El calor de septiembre dio paso a la fría y triste lluvia de octubre. El punto muerto en el extremo oriental de la línea se extendió de forma irremediable hacia el oeste, como una parálisis que avanzaba por el cuerpo de un hombre moribundo.

La batalla decisiva del otoño se produjo en la ciudad belga de Ypres, en el extremo más occidental de la línea, a treinta kilómetros del mar. Los alemanes atacaron con bravura en un intento desesperado de obligar a realizar un cambio de marcha al flanco inglés. Fueron cuatro semanas de lucha encarnizada. A diferencia de todas las batallas anteriores, ambos bandos permanecían ocultos en las trincheras, protegiéndose de la artillería enemiga, y salían solo para lanzar ataques suicidas contra las ametralladoras enemigas. Al final, los ingleses se salvaron por los refuerzos, entre los que se incluía un cuerpo de indios de piel cetrina, muertos de frío con su uniforme tropical. Al término de la contienda, habían fallecido setenta y cinco mil soldados ingleses, y la Fuerza Expedicionaria estaba destruida; pero los aliados habían levantado una barricada defensiva desde la frontera suiza hasta el canal de la Mancha y habían logrado detener a los invasores alemanes.

En las trincheras, en Navidad, Fitz se entera de que ha sido padre y presencia el encuentro real que tuvo lugar ese día:

Lo que vio lo dejó atónito.

Los hombres se encontraban en el territorio lleno de cráteres que era tierra de nadie. Pero no estaban combatiendo. Estaban agrupados en corrillos, charlando.

Había algo curioso en su aspecto, pasados unos segundos, Fitz se dio cuenta de que algunos uniformes eran de color caqui y otros, gris militar.

Los hombres estaban hablando con el enemigo.

Fitz tiró la pala de trinchera, sacó la cabeza por el parapeto y se quedó mirando. Había cientos de soldados en tierra de nadie, que llegaban hasta donde alcanzaba la vista, a derecha e izquierda, británicos y alemanes entremezclados.

¿Qué demonios estaba pasando?

Encontró una escalerilla de mano para salir de la trinchera y subió como pudo por el parapeto. Avanzó por la tierra revuelta. Los hombres enseñaban las fotos de sus familias y sus novias, ofrecían cigarrillos e intentaban comunicarse entre ellos, diciendo cosas como: «Yo Robert, ¿tú quién?».

Fitz localizó a dos sargentos, uno inglés y el otro alemán, totalmente enfrascados en la conversación. Dio un golpecito en el hombro al inglés.

—¡Eh, usted! —exclamó—. ¿Se puede saber qué demonios está haciendo?

El hombre le respondió con el acento gutural de los muelles de Cardiff.

—No sé cómo ha ocurrido exactamente, señor. Un par de kartoffel se asomaron por su parapeto, desarmados, y gritaron: «¡Feliz Navidad!», y uno de los nuestros hizo lo mismo y empezaron a acercarse unos a otros caminando y, antes de poder decir esta boca es mía, todo el mundo estaba haciendo lo mismo.

—Pero ¡si no hay nadie en las trincheras! —dijo Fitz, enfadado—. ¿Es que no cree que puede ser una trampa?

El sargento echó un vistazo a ambos lados de la línea.

—No, señor, si le soy sincero, no puedo decirle que lo crea —respondió con frialdad.

Fitz entendió que él tampoco lo creía. ¿Cómo iba a aprovecharse el enemigo del hecho de que los soldados de primera línea de ambos bandos se hubieran hecho amigos?

El sargento señaló al alemán.

—Este es Hans Braun, señor —dijo—. Era camarero en el hotel Savoy de Londres. ¡Habla inglés!

El alemán saludó a Fitz.

—Es un placer conocerle, comandante —dijo—. Le deseo una feliz Navidad. — Tenía un acento menos marcado que el inglés de Cardiff. Le ofreció una petaca—. ¿Le apetece un trago de schnapps?

—¡Por el amor de Dios! —espetó Fitz, y se marchó.

No había nada que pudiera hacer. Aquella situación era difícil de detener incluso con la ayuda de los suboficiales como el sargento galés. Sin su ayuda era imposible. Decidió que lo mejor sería informar a un superior de lo ocurrido y pasarle la patata caliente a otro.

Sin embargo, antes de poder dejar atrás aquella escena oyó que alguien lo llamaba.

—¡Fitz! ¡Fitz! ¿De verdad eres tú?

La voz le sonó familiar. Se volvió y vio que se le acercaba un alemán. A medida que el hombre se aproximaba, lo reconoció.

—¿Von Ulrich? —preguntó, asombrado.

—¡El mismo!

Walter sonrió de oreja a oreja y alargó la mano. Fitz la estrechó sin pensarlo. Walter correspondió el apretón con vigor. A Fitz le pareció más delgado y su piel clara se había arrugado. «Supongo que yo también he cambiado», pensó.

—Esto es increíble —exclamó Walter—. ¡Qué coincidencia!

—Me alegro de verte en plena forma —respondió Fitz—. Aunque supongo que no debería alegrarme.

—¡Lo mismo digo!

—¿Qué vamos a hacer con esto? —Fitz hizo un gesto con la mano en dirección a los soldados que habían confraternizado—. Me parece preocupante.

—Estoy de acuerdo. Mañana puede que no quieran disparar a sus nuevos amigos.

—¿Y qué haremos entonces?

—Debemos librar pronto una batalla para que vuelvan a la normalidad. Si ambos bandos empiezan a dispararse por la mañana, no tardarán en volver a odiarse.

—Espero que tengas razón.

—¿Cómo estás tú, viejo amigo?

Fitz recordó la buena noticia que le habían dado y se alegró.

—Ya soy padre —dijo—. Bea ha dado a luz un varón. Toma un cigarro.

Encendieron los pitillos. Walter había estado en el frente oriental, según confesó.

—Los rusos son unos corruptos —comentó con desprecio—. Los oficiales venden los suministros en el mercado negro y dejan que la infantería pase hambre y frío. La mitad de la población de Prusia Oriental lleva botas del ejército ruso que han comprado por nada, mientras los soldados rusos marchan descalzos.

Fitz le explicó que había estado en París.

—Tu restaurante favorito, Voisin's, sigue abierto —le contó.

Los hombres empezaron un partido de fútbol, Inglaterra contra Alemania, y usaron pilas de gorras para delimitar las porterías.

—Tengo que informar de esto —dijo Fitz.

—Yo también —repuso Walter—. Pero, primero dime, ¿cómo está lady Maud?

—Bien, creo.

—Tengo un especial interés en que le transmitas mis recuerdos.

Fitz quedó impactado por el énfasis que puso Walter en esa manida frase de cortesía.

—Claro —respondió—. ¿Por algún motivo en especial?

Walter apartó la mirada.

—Justo antes de irme de Londres... bailé con ella en el baile de lady Westhampton. Fue el último acto civilizado del que disfruté antes de esta verdammte guerra.

Walter parecía estar embargado por la emoción. Le temblaba la voz y era muy poco frecuente en él decir algo en alemán cuando hablaba otro idioma. Tal vez le afectara también la atmósfera navideña que se respiraba.

Von Ulrich prosiguió:

—Me gustaría enormemente que ella supiera que estaba recordándola el día de Navidad. —Miró a Fitz con los ojos húmedos—. ¿Te asegurarás de decírselo, viejo amigo?

—Lo haré —respondió Fitz—. Estoy seguro de que se alegrará mucho de oírlo.